

ESCUELA DE SEÑORITAS III

# SABRINA FERRIES

LA VENGANZA  
ESCOCESA

# La venganza escocesa

Sabrina Jeffries

Traducción de Iolanda Rabascall



Título original: *Beware a Scot's Revenge*

Copyright © 2007 by Deborah Gonzales  
Todos los derechos reservados.  
Publicado por acuerdo con el editor original, Pocket Books,  
una editorial del grupo Simon & Schuster, Inc.

Primera edición: marzo de 2009

© de esta edición: Libros del Atril, S.L.  
© de la traducción: Iolanda Rabascall  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.  
08003 Barcelona  
info@terciopelo.net  
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92.617-10-4  
Depósito legal: M. 1.858-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Dougie MacLean, Capercaillie, Keltik Elektrik, Peatbog Faeries, Ashley MacIsaac, y a un sinfín de otras bandas de música y cantantes escoceses por inspirarme con su música mientras escribía este libro.



## Prólogo

*Londres, Inglaterra, mayo de 1822*

Querida Charlotte:

A mis oídos ha llegado el rumor de que vuestra antigua pupila, lady Venetia, ha rechazado nuevamente a otro pretendiente más que recomendable. Si queréis mi opinión al respecto, simplemente como un observador desinteresado, considero que lady Venetia se ha tomado demasiado al pie de la letra vuestras lecciones para ricas herederas. Si no cambia de actitud, acabará convertida en una solterona, sola y amargada.

Vuestro primo, Michael

«*L*as hijas sólo están para amargarle la vida a uno.»

Eso era lo que pensaba Quentin Campbell, el conde de Duncannon, por los constantes quebraderos de cabeza que le ocasionaba su hija de veinticuatro años. Había matriculado a Venetia en la escuela de señoritas que regentaba la señora Charlotte Harris con la esperanza de que la tornaran más dócil, más maleable, pero en cambio su hija había abandonado esa institución convertida en una jovencita aún más rebelde. Por lo visto, Venetia no sólo había heredado los adorables rasgos de su madre sino también su insolencia. Y el conde ya había mostrado suficiente paciencia soportando el temperamento de su esposa, que Dios la tuviera en su gloria.

La encontró en la cocina de la casa solariega que la familia Duncannon tenía en Londres, enfrascada en la elaboración de uno de esos brebajes horripilantes que tanto le gustaba preparar para él.

—¿Cómo te atreves a rechazar a un pretendiente como el vizconde, después de que yo mismo le hubiera dado permiso para festejar contigo? —bramó él.

Tan fría como un lago de las Tierras Altas, la preciosa región montañosa del norte de Escocia llamada Highland, Venetia continuó machacando una flor de tonos liliáceos hasta convertirla en polvo.

—Si me hubieras consultado antes de darle permiso...

—¿Consultarte? ¿Para qué? ¿Para darte la oportunidad de rechazar a otro pretendiente ideal? —El conde lanzó un bufido, exasperado—. ¿Qué es lo que te ha ofendido esta vez? ¿Su comportamiento galante? ¿Su sonrisa obsequiosa? ¿Su apariencia caballeresca?

—No me gusta —declaró Venetia con esa típica sonrisita burlona que tanto disgustaba a su padre.

—¡Ah! ¡Así que no te gusta! El vizconde es apuesto y elegante, y posee una inmensa fortuna...

—Igual que mi bolsito. —Venetia vertió el polvo lila en un vaso lleno de agua y empezó a remover la mezcla—. Lamentablemente, mi bolso de mano tiene más personalidad, y seguramente más inteligencia.

Ése era precisamente el problema: los hombres huían des-pavoridos ante la abrumadora inteligencia de su hija.

—¿Milord? —Una voz los interrumpió desde el umbral de la puerta.

El conde alzó la vista y miró al mayordomo.

—¿Sí?

—Un tal señor Sikeston y otros hombres desean verlo.

El conde se puso visiblemente tenso. ¿Sikeston y sus hombres estaban allí, en Londres? Algo debía de haber salido mal.

—Los atenderé en el estudio.

Mientras el mayordomo desaparecía de la vista rápidamente, Quentin miró a su hija con ojos enardecidos.

—No creas que este tema queda zanjado, jovencita. Hablaremos del vizconde durante la cena.

Los ojos de Venetia reflejaron su preocupación.

—¿Esos hombres están aquí por El Azote Escocés, papá? Ya sabes lo que te dijo el médico, con tu delicado estado de salud, no conviene que tengas sobresaltos.

—¿Qué sabrán los médicos! ¡Son todos un hatajo de inútiles!

—Sabén lo suficiente. —Venetia alzó el vaso—. Será mejor que te bebas el tónico antes de ir a hablar con ellos.

—¡Maldita sea! ¡No quiero ningún tónico asqueroso!  
—Su hija siempre intentaba mimarlo. Necesitaba mostrar más firmeza con ella que la que le había demostrado a su difunta esposa, pero en días como hoy, cuando Venetia le recordaba de una forma tan clara a Susannah, eso le resultaba terriblemente duro.

—No te preocupes por esos hombres; ya me ocuparé de ellos yo solo, cielo.

La reacción de Venetia no se hizo esperar:

—Por lo menos deja que te ayude a subir las escaleras.

Cuando ella intentó agarrarlo por el brazo, él se zafó, horrorizado ante la idea de que su bella hija pudiera acercarse a los esbirros que lo estaban esperando en el estudio.

—¡Te prohíbo que te metas en este asunto, jovencita!

Venetia retrocedió amedrentada ante la reacción vehemente de su padre.

—De acuerdo, como quieras.

El conde quiso pedirle perdón, pero se contuvo. Se trataba de una cuestión muy importante; esta vez no podía permitir que su hija metiera la nariz en sus asuntos.

Empezó a subir lentamente las escaleras, deteniéndose a cada cuatro pasos para tomar aliento. ¡Maldito fuera sir Lachlan Ross y malditas fueran sus tretas! ¿Por qué esa endiablada criatura no lo dejaba en paz de una vez?

Debería de haber sabido que tendría problemas desde el día en que Ross apareció por Londres. El joven *baronet* le había exigido lo que creía que pertenecía a su familia y al clan de los Ross, pero Quentin hizo caso omiso de las exigencias del joven *laird* (de ese lord escocés), porque quería evitar a toda costa revelar a Ross o a cualquier otra persona los horribles secretos de su pasado.

Desde entonces, había pagado muy caro su silencio. El joven e insolente cabecilla del clan de los Ross se había dedicado a asaltar a los viajeros por las carreteras haciéndose llamar El Azote Escocés. Ross pretendía vencer el pulso a Quentin haciéndole la vida imposible. Atracaba a los amigos del conde cuando éstos pisaban tierras escocesas, y luego les decía que le pidieran a lord Duncannon que les abonara el dinero que él les acababa de robar. Aunque el conde les daba lo que habían per-

dido, para él suponía una enorme humillación no poder explicar por qué ese sujeto se dedicaba a asaltarlos, puesto que sabía que con ello incitaría preguntas que se negaba a contestar.

Quentin había soportado esa situación cinco años, esperando que Ross se cansara del juego. Pero entonces Ross asaltó al recaudador de rentas de Quentin. ¡Por el amor de Dios! ¡Esas rentas suponían la mitad de sus ingresos! Si seguía así, ese tipo lo hundiría en la miseria, por eso el conde había decidido contratar a Sikeston, una decisión que ya empezaba a lamentar.

Quentin entró en el estudio y repasó los semblantes taciturnos de los individuos allí reunidos.

—¡Os dije que jamás vinierais aquí!

—No hemos tenido ninguna otra alternativa, milord —repuso Sikeston—. Hemos tenido que huir para salvar el pellejo.

La declaración dejó al conde confuso.

—¿Huir de quién?

—De los hombres del clan de sir Lachlan. Nos han estado persiguiendo sin tregua desde que nos marchamos de Ross-craig.

¿Las tierras de Ross? ¡Maldición! Jamás debería haberles revelado quién pensaba que era realmente El Azote.

—Se suponía que tenáis que pillarlo con las manos en la masa, cuando cometiera alguna fechoría, y darle un escarmiento, y no acosarlo en sus tierras y entre su propia gente.

—¡Y lo intentamos, os lo aseguro! —gritó Sikeston—. Pero él no mordió el anzuelo, por más oro que nos gastamos en numerosas posadas intentando provocarlo, jactándonos de que éramos amigos de lord Duncannon y de que estábamos en Escocia de vacaciones.

—Sospechamos que tiene un cómplice —intervino otro de los secuaces—, alguien aquí en Londres que conoce a vuestros amigos, señor conde, y que le dice cuándo y a quién ha de atacar.

—O a lo mejor es que ese tipo es demasiado inteligente para caer en la trampa de creer que sois un grupo de caballeros —espetó Quentin. Tendría que haber contratado a una panda más sofisticada, ¿pero dónde iba a encontrarlos? Ya le había costado mucho dar con los esbirros que ahora tenía delante.

—Tampoco nos lo puso fácil en sus tierras. Por lo visto, los miembros del clan Ross no saben que su patrón es El Azote —

dijo Sikeston—. Adoran a ese hombre y están dispuestos a morir por él. Ni tan sólo pudimos descubrir dónde pasaba las noches, aunque sabíamos que no era en Rossraig. Es como un fantasma, que entra y sale de sus tierras sin ser visto, siempre rodeado de sus hombres...

—Por eso no he recurrido a la justicia. Su clan se levantaría en armas para defenderlo. —A pesar de que Quentin estaba totalmente convencido de que Ross era El Azote, probarlo no iba a resultar nada fácil. Puesto que Ross era el vecino de Quentin, las autoridades asumirían que su enemistad se derivaba de una disputa a causa de algunas tierras. Y si alguien empezaba a investigar y descubría la verdad...

El conde se estremeció con un escalofrío.

—Así que no habéis podido sacarlo de sus tierras.

—Oh, sí que lo hemos hecho —rebatía Sikeston—. Pero para ello tuvimos que sobornar a un hombre de su clan para averiguar dónde podíamos encontrarlo. Y a partir de ese momento, nuestras vidas fueron un verdadero calvario.

Quentin lo miró con aire reprobador.

—¿Acaso os echó a todo el clan encima?

—No. Le dimos un escarmiento, de acuerdo con el trato. —Sikeston intercambió unas miradas incómodas con sus hombres—. Pero... ejem... bueno...

—¡Por el amor de Dios! ¡Suéltalo de una vez! —rugió Quentin.

—Lo matamos, milord. Sir Lachlan Ross está muerto.

El conde necesitó unos instantes para digerir la noticia. Entonces notó una sensación de vértigo, como si la habitación hubiera empezado a dar vueltas vertiginosamente a su alrededor. Seguramente había entendido mal las nuevas.

—¿Muerto? ¿Lo habéis matado?

—No fue culpa nuestra —se defendió otro de los secuestrados—. Cuando lo asaltamos en el puente, él iba armado con una navaja. Si Johnny no le hubiera atizado con un cayado en la cabeza...

—¡Con un cayado! —Quentin se encaró a Sikeston—. ¡Te dije que sólo quería que le dierais un escarmiento!

Sikeston le aguantó la mirada.

—Así es, milord, ¡pero no estabais allí para ver lo que suce-

dió! Ross tenía la complexión de un león y luchaba como tal. Había sido soldado, un detalle que olvidasteis mencionar cuando nos contratasteis.

Quentin había temido que esos esbirros se negaran a realizar el trabajo si les decía que el sujeto en cuestión había sido soldado. Se mordió los labios para no proferir una maldición en voz alta y clavó su afilada mirada en los ojos de Sikeston.

—Así que este desgraciado lo ha matado, ¿no?

—Si Johnny no lo hizo, el agua seguramente acabó con él. Después de golpearlo, cayó al lago desde el puente. —Los labios de Sikeston se tensaron hasta formar una fina línea—. No volvió a salir para tomar aire.

Quentin sintió otro escalofrío en la espalda.

—¿Y su cuerpo?

—Los hombres de su clan se hallaban cerca, por lo que no nos atrevimos a realizar una búsqueda, pero es imposible que haya sobrevivido. Estaba inconsciente cuando cayó al agua.

Quentin se hundió en una silla, abrumado por el pensamiento de la tragedia que sus acciones habían provocado. Esos secuaces habían cometido un asesinato. ¡En su nombre! ¡Por el amor de Dios! Ross tenía una madre a quien mantener y un clan que lo necesitaba...

—¿Y qué sucedió después? Los hombres de su clan descubrieron que habíais matado a su patrón, ¿no? —inquirió con un hilito de voz—. ¡Y ahora los habéis guiado directamente hasta mí!

—No, milord. Tomamos las debidas precauciones para que nadie nos siguiera hasta aquí, pero tenemos que abandonar Londres antes de que nos encuentren. Así que necesitamos el resto del dinero que nos debéis.

Quentin torció el gesto. Iba contra sus principios pagar a esos felones que habían cometido un asesinato, pero no le quedaba otra alternativa. Una palabra al clan de los Ross acerca de quién estaba detrás de la muerte de su señor y él mismo acompañaría a lord Lachlan al infierno.

Por lo menos, la pesadilla había concluido. Quentin había conseguido mantener los sórdidos secretos de su familia, y Ross se había llevado a la tumba todo lo que sabía acerca de la verdad.

El Azote no volvería a atormentarlo nunca más.

## Capítulo uno

*Edimburgo, Escocia, 20 de agosto de 1822*

Querido primo:

Estoy sumamente preocupada por el viaje de Venetia a Escocia. Sí, ya sé lo que han publicado los periódicos —que El Azote Escocés murió hace tres meses durante una reyerta con sir Lachlan Ross, en la que ambos fallecieron—. No obstante, teniendo en cuenta la misteriosa obcecación que El Azote demostraba contra el conde, me sentiría más aliviada si alguien encontrara el cuerpo sin vida del difunto villano.

Vuestra preocupada allegada, Charlotte

—**A**mamá le habría encantado estar aquí. —Venetia le comentó con tristeza a su tía Maggie Douglas, la vizcondesa de Kerr. Ambas estaban de pie, en fila, aguardando a ser anunciadas en el baile de máscaras organizado por la Auténtica Sociedad Céltica de las Tierras Altas, ahora lo suficientemente cerca como para escuchar la música de las gaitas proveniente del magnífico teatro de Assembly Rooms—. ¿No te gustan las vistosas telas de cuadros escoceses y las alegres marchas escocesas y los vestidos y...?

—¿Y las calles abarrotadas de gente y la comida repugnante y los alojamientos indecentes? —Tía Maggie achicó sus ojos verdes, que eran del mismo color que los de su sobrina—. No, no me gusta nada. A diferencia de ti —y de mi hermana, que Dios la tenga en la gloria— prefiero las comodidades que me ofrece Londres. Desde que hemos llegado no he pegado ojo ninguna noche.

—Ah, así que los ronquidos que oigo cada noche provienen de nuestro equipaje, ¿no? —bromeó Venetia.

—Vigila tu lengua mordaz, o no mostraré ningún reparo en que duermas en el lado más deformado del colchón.

Venetia se echó a reír.

—Perdona, realmente he de admitir que has demostrado una enorme consideración conmigo, al soportar todas esas incomodidades.

El lugar donde se alojaban dejaba realmente mucho que desear, pero aún habían tenido suerte de encontrarlo. Cada habitación, desván y sótano de la ciudad habían sido alquilados a las hordas de escoceses que se habían congregado en Edimburgo para ser testigos de la visita del primer monarca reinante inglés en casi dos siglos.

Pero a Venetia no le importaba la miserable habitación en la posada donde se alojaban. Había esperado dieciséis años para regresar a Escocia, y no permitiría que una almohada plana y un colchón deformado —o una acompañante tan quejica— le aguara la fiesta.

Venetia le estrujó la mano a su tía cuando la fila delante de ellas avanzó.

—No sabes cómo te agradezco que hayas aceptado acompañarme, porque si no, no habría conseguido convencer a papá para que me dejara venir.

—Todavía estoy sorprendida de que lo hayas logrado. ¿Cómo lo has conseguido?

—Oh, simplemente sé cómo manejar a papá. Sólo he tenido que hacerle una pequeña promesa.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

Ella le lanzó a su tía una sonrisita socarrona.

—Prometerle que aceptaré una petición de matrimonio el año que viene.

—Pues a mí no me parece que sea una pequeña promesa, querida. ¿Y se puede saber quién es el joven afortunado?

—Aún no lo sé. Supongo que tendrá que ser alguien a quien pueda soportar. —Y alguien que pasara la inspección de la señora Charlotte Harris y de su misterioso benefactor, el primo Michael, quien ofrecía constantemente información acerca de los hombres de la alta sociedad a la dueña de la escuela de Venetia.

—Papá está preocupado por si nunca decido casarme —explicó Venetia. Lo cierto era que ella misma también se había empezado a preocupar por el mismo motivo.

—Una dama como tú siempre gozará de propuestas de ma-

trimonio —repuso su tía mientras movía graciosamente los dedos adornados con sortijas.

—No es la falta de propuestas lo que le preocupa. Es la falta de interés que demuestro por cada pretendiente. —Ella le prometió a su madre que jamás se casaría con un hombre que no despertara sus sentidos, aunque no sabía bien qué significaba eso. Cuando su madre la obligó a hacerle esa promesa, no le dijo si lo decía pensando en ella misma y en papá, aunque Venetia a menudo se preguntaba si...

—¿Y tienes a algún hombre en particular en mente? —le preguntó su tía.

Venetia soltó un prolongado suspiro.

—No, pero espero encontrar uno en Escocia, lejos de los cazafortunas y de los lores ingleses tan sumamente aburridos y faltos de inteligencia. Quiero casarme con un *laird* escocés que posea un venerable título milenario y que viva y respire el aire puro de las Tierras Altas y...

—Ya, como los protagonistas de esas baladas que tanto te gustan, supongo.

La aseveración de su tía era clara y directa.

—¿Y por qué no? —replicó Venetia a la defensiva—. ¿Por qué no podría casarme con un Duncan Graeme o un apuesto joven de las Tierras Altas que me lleve a su castillo en las tierras montañosas escocesas para vivir en eterna bendición conyugal?

—Porque tú eres tan escocesa como la reina de Inglaterra, querida.

—¡Eso no es cierto! —exclamó, sintiéndose insultada.

—Mira, cielo, tienes unos exquisitos modales y un porte demasiado inglés para un país que cree que para pasarlo bien una tarde sólo hace falta una jarra llena de whisky y una buena pelea. No aguantarías ni un solo día con un apuesto escocés de las Tierras Altas, antes de que te asaltaran los deseos de golpearlo en la cabeza con la jarra.

Quizá su tía tenía razón, pero Venetia tampoco acababa de sentirse cómoda en Inglaterra. Cuando se enfadaba, la gente la llamaba la fierecilla escocesa; si optaba por mostrarse reservada, la llamaban la escocesa arrogante, y cuando a papá le daba por hablar con un marcado acento escocés, ella tenía que hacer

de intérprete con los interlocutores. ¡Cómo si su padre fuera un extranjero, por el amor de Dios!

Además estaba la insidiosa actitud superior de los ingleses hacia los escoceses, como si éstos fueran de más baja extracción. Incluso tía Maggie había adoptado esa execrable moda tras varios años casada con un caballero inglés. Venetia miró a su tía de soslayo con fastidio, pero Maggie no se dio cuenta.

—La verdad es que luces el atuendo adecuado para cazar al héroe de las baladas que se convertirá en tu esposo. —Tía Maggie alzó su máscara blanca de seda para inspeccionar el traje de Venetia, y con su actitud sólo consiguió irritar más a su sobrina—. Los escoceses de las Tierras Altas prácticamente veneran a Flora MacDonald.

—¡Y bien que hacen! Esa mujer ayudó a escapar al príncipe Carlos, que después se convirtió en rey de Inglaterra.

—Sí, tienes razón, pero es una pena que le gustara vestirse como la hija de un granjero.

—Es que era hija de un granjero. —Venetia se ajustó la máscara de seda a la cara—. Y me he pasado mucho rato para decidir qué traje ponerme, así que no te rías de mí. —Lo cierto era que ella y Flora tenían el pelo negro y la piel pálida, así que en algo se parecían.

—Por lo menos el color del vestido es acertado. Te sienta bien el granate.

—Tú también estás muy guapa. —Venetia esbozó una sonrisa forzada—. ¿De qué se supone que vas disfrazada?

—No seas impertinente. Tendrías que estar contenta de que haya aceptado ponerme una máscara. Si no fuera por ese viejo loco, el coronel, que insistió tanto en que viniéramos, ahora no estaría aquí.

El coronel Hugh Seton era uno de los anfitriones del baile y, a menos que a Venetia le fallara la intuición, estaba claramente enamorado de tía Maggie, a juzgar por cómo las había ido a recibir en la posada donde se hospedaban.

—Es un hombre con mucha influencia, ¿no?

—¿Influencia? —se jactó su tía—. Está totalmente loco. ¿Por qué la Sociedad Céltica se atrevería a ceder la organización de un baile a un impetuoso oficial de caballería? Sólo Dios sabe qué pesadilla de mal gusto nos aguarda ahí dentro; probable-

mente ha colocado sillas de montar a caballo sobre los asientos. —Con el ceño fruncido, miró a Venetia, que se estaba riendo a mandíbula batiente—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—¡Tú! —Venetia se ahogaba entre risotadas—. Creí que te gustaba el coronel, puesto que te pasaste un buen rato depar-tiendo con él acerca de mi escuela. También le dijiste que su hija es adorable.

—Y lo es, pero el mérito no es de él. Charlotte Harris es responsable de ese logro. —Tía Maggie sacudió la cabeza—. ¡Ese desfachatado me dio unas palmaditas en el trasero cuando nos marchábamos! ¡Por el amor de Dios! —El rubor en sus mejillas demostraba que no estaba tan ofendida como pretendía—. Ilustra perfectamente lo que quiero decir, cuando me refiero a los escoceses de las Tierras Altas. ¡Ese... ese desvergonzado actúa como si tuviera la edad de su hija!

Su tía se calló cuando alcanzaron la parte superior de la escalinata, a continuación susurró algo a un lacayo, quien las anunció como lady Enmascarada y Flora MacDonald.

Nadie en la concurrida sala pareció mostrar interés en su aparición, excepto un hombre alto que se hallaba cerca del umbral de la puerta, quien se giró de repente para observarlas cuando las damas fueron anunciadas.

Apenas examinó a tía Maggie, sin embargo, escudriñó a Venetia con una palmaria curiosidad, más bien enervante. Entonces alzó la copa que sostenía en la mano en un brindis silencioso.

La rígida educación inglesa que había recibido Venetia exigía que menospreciara esa clase de presunción por parte de un desconocido. Pero el desconocido en cuestión era particularmente atractivo y, después de todo, ella iba disfrazada. Además, el diseño de los cuadros escoceses en el traje que lucía el individuo era el característico de la casa real de los Stuart, por lo que se podía suponer que iba disfrazado de príncipe Carlos. Así pues, era posible que el desconocido hubiera reaccionado de ese modo tan cómico al oír el nombre de la heroína Flora.

Por eso Venetia aceptó el brindis con un gesto afirmativo con la cabeza... y de paso aprovechó para examinarlo de la cabeza a los pies. A pesar de su constitución hercúlea y de una visible cicatriz encima de una de sus cejas bien modeladas, el individuo exhibía unos ademanes monárquicos que rayaban la

perfección. Soportaba una peluca blanca empolvada con gran dignidad, y mantenía una postura rígida y un porte altivo y magnánimo, como un verdadero monarca.

Pero los bellos ojos del color de las castañas fijos en ella, brillando a través de la máscara negra de seda, no mostraban ni un ápice de arrogancia. Destellaban con una fiereza sorprendente. Y también le parecían extrañamente familiares.

Antes de que Venetia pudiera reflexionar sobre ese matiz, tía Maggie la arrastró hacia la fila de recepción que se formaba delante del Coronel Seton.

—¡Ah! ¡Por fin habéis venido! —exclamó el coronel al tiempo que estrechaba la mano de Venetia. Por lo visto las había reconocido a pesar de las máscaras.

Ataviado con un traje típico que tenía los cuadros escoceses característicos del clan del legendario Robert de Bruce, el coronel viudo ofrecía un aspecto intachable esa noche. Su pelo gris plateado, su buena forma física propia de un soldado y sus vivaces ojos azules le conferían una imagen muy apuesta, y más teniendo en cuenta que pasaba sobradamente de los cuarenta.

El coronel echó una mirada furtiva a alguien detrás de Venetia y dijo en su típico tono de voz animoso:

—Es un placer que estéis aquí, lady Venetia, un verdadero placer.

—Chist, coronel —lo acalló ella—, no debéis revelar mi verdadera identidad hasta que no llegue el momento de que todos nos quitemos las máscaras.

—Uy, tenéis razón, perdonadme. Menuda metedura de pata, ¿eh? No volverá a suceder, Flora.

Ella se echó a reír.

—Bueno, supongo que tampoco importa. La sala está probablemente llena de Floras MacDonald y de príncipes Carlos.

—Os equivocáis. Hay bastantes príncipes, pero vos sois la única Flora. —El coronel se inclinó hacia ella con un aire conspirador—. Las otras damas se han decantado por disfraces más ornamentados. —Desvió la vista hacia tía Maggie, y esbozó una amplia sonrisa—. Como el elegante atuendo que luce vuestra acompañante. ¿De qué va exactamente vestida, nuestra querida amiga? Ayer no lo mencionasteis.

—Oh, va disfrazada de reina —mintió Venetia.

—¿Cuál? —quiso saber él.

—Vamos, señor —lo atajó su tía con sequedad—. Tendría que ser obvio que soy...

—Mi tía quiere decir que estamos encantadas de estar aquí —se apresuró a decir Venetia—. Las dos lo estamos.

—¡Excelente! —El coronel se frotó las manos—. ¿Le habéis comentado ya la excursión de mañana al parque de Holyrood?

—Sí, y me ha dicho que estará más que encantada de ir.

—Encantada no ha sido precisamente la palabra que he usado —murmuró tía Maggie.

—¿Qué? —preguntó el coronel Seton, inclinándose más hacia las damas para poderlas oír por encima de la música.

—Ha dicho que muchas gracias por pensar en nosotras, señor. —Cuando su tía soltó un bufido, Venetia se apresuró a continuar—: Estoy segura de que mañana resultaría tedioso quedarse en la ciudad, puesto que no hay ningún acto organizado para el rey, así que estaremos encantadas de salir de excursión.

—¡Espléndido! ¿Pero estáis seguras de que no queréis visitar la capilla de Rosslyn?

—No, gracias —espetó su tía—. Le prometí al padre de Venetia que no saldríamos de Edimburgo.

Venetia suspiró. Habían llegado a Escocia en barco, así que apenas habían tenido la oportunidad de ver el bellissimo paisaje del país. Pero el espectro de El Azote todavía inquietaba a su padre, por lo que no quería correr ningún riesgo de que ella se escapara con algún bandolero escocés.

—Entonces iremos al parque de Holyrood —terció el coronel animosamente—. Subiremos hasta el mirador llamado El Asiento de Arturo en la montaña después de degustar una comida campestre. La vista es espectacular, aunque he de admitir que subir hasta allí supone un esfuerzo. —Tomó la mano de tía Maggie—. De todas formas, mi intención es ayudaros en cada paso del ascenso.

—No necesito vuestra ayuda, señor. —Sus mejillas se sonrojaron y tía Maggie retiró la mano—. Y tampoco os he dado permiso para que os comportéis de un modo tan familiar conmigo.

La sonrisa jovial del coronel demostró que no se amedrentaba fácilmente.

—Es cierto, Vuestra Majestad, no me habéis dado permiso. —El viudo le propinó a Venetia un codazo de camaradería—. Espero que no se le ocurra ordenar que me ejecuten por mi impertinencia.

—No me tentéis. —Con un bufido arrogante, Maggie se giró hacia Venetia—. Vamos, querida, estamos provocando que se retrase la fila de recepción.

Sin dejar de reír, Venetia la siguió. Tan pronto como se hubieron apartado de la línea de recepción, le dijo:

—Lo has conquistado; no te quepa la menor duda.

—Que Dios se apiade de mí —espetó su tía, aunque sus ojos brillaban maliciosamente.

—Vamos, no está tan mal. —Mientras inspeccionaban la sala, Venetia señaló hacia los invitados con máscaras que daban en círculos en la pista de baile formando un mar de espléndidos vestidos de fiesta y de telas de cuadros escoceses de los más diversos colores—. ¿Lo ves? A pesar de tus temores, es una fiesta fantástica, muy animada y de marcado carácter escocés, y con un gran gusto.

—Seguramente los otros miembros del comité rechazaron las ideas más aburridas del coronel. —Las dos se detuvieron cerca de una columna—. Sólo espero que haya tenido la audacia de pensar en una salita destinada a las mujeres. Necesito ir al baño y arreglarme un poco. ¿Y tú?

—No, no necesito ir al baño. Me quedaré aquí.

—De acuerdo, no tardaré. —Su tía la miró con ojos divertidos—. Quizá uno de tus héroes de las baladas emerja ante ti mientras yo no estoy.

Venetia frunció el ceño cuando su tía se alejó. Emerger ante ella, sí, claro, seguro.

—No creo que sea un baile tan horrible, después de todo —apostilló una penetrante voz masculina a su lado.

Venetia se giró y vio al príncipe Carlos que antes había alzado la copa en señal de brindis. Hablando de apuestos héroes de baladas... Intentó no mirarlo descaradamente, pero constató que el individuo era más alto que lo que le había parecido desde lejos, decididamente un punto favorable respecto al verdadero príncipe Carlos, bajito y endeble.

—Disculpad, señor, ¿me estáis hablando a mí?

Las comisuras de los labios del sujeto se curvaron levemente hacia arriba.

—Sí, vi que fruncíais el ceño, y me preguntaba si la fiesta no estaba a la altura de vuestras expectativas.

—Oh, no, nada de eso —respondió Venetia con una sonrisita coqueta—. Adoro los bailes escoceses.

—Ah, entonces quizá sea por el excesivo colorido de tantas telas de cuadros escoceses, y quizá demasiados *kilts*, ya sabéis, las típicas faldas que llevamos los escoceses.

—Desde luego que no. Los *kilts* son precisamente mi prenda favorita. Todos los hombres deberían llevar un *kilt*.

El desconocido la miró con recelo.

—¿Todos los hombres? —Con la cabeza señaló hacia un orondo caballero que estaba alzando sus peludas piernas hasta un ángulo peligrosamente alto—. ¿Incluso él?

Venetia ahogó una carcajada.

—De acuerdo, acepto que en ese punto tenéis razón.

—Deberíamos pedirles a ese tipo y al rey que se abstuvieran de seguir la moda.

—¡Oh! ¡Ya he oído los rumores sobre el *kilt* del rey! Seguramente vos habéis asistido a la ceremonia exclusiva para caballeros. ¿Realmente el atuendo de Su Majestad era tan horroroso como todo el mundo dice?

La mirada del sujeto se tornó más reservada.

—No lo sé, querida. Llegué ayer a la ciudad, así que sólo lo he leído en los periódicos.

Venetia suspiró.

—Yo también, pero he oído que el rey llevaba unas calzas rosadas debajo del *kilt*.

Los ojos del desconocido destellaron maliciosamente a través de los dos agujeros de la máscara.

—Ah, entonces debo entender que preferís la otra alternativa más común, la de no llevar nada debajo del *kilt*.

¡Menudo comentario más desvergonzado! Sin embargo, a Venetia le gustó que ese hombre hablara con tanta frescura. La tentaba a comportarse con la misma desfachatez, algo que jamás se habría atrevido a hacer con un lord inglés.

—No con Su Majestad. Francamente, me parece que lo mejor que podría hacer sería no ponerse nunca más un *kilt*. —Re-

siguió con la mirada la figura de su interlocutor hasta las rodillas desnudas que emergían por debajo del *kilt* que lucía—. Pero el resto de caballeros hacéis bien en practicar las viejas tradiciones.

El individuo sonrió abiertamente.

—Celebro que aprobéis esa tradición, querida —contestó con una provocativa voz gutural que hizo que a Venetia se le erizara el vello de los brazos. Después bajó la voz y dijo—: Ahora entiendo por qué frunciais tanto el ceño hace escasos momentos. Estabais intentando averiguar qué caballeros siguen al pie de la letra las viejas tradiciones.

Sofocada entre la risa y la afrenta, Venetia replicó:

—¡Por supuesto que no!

—¿Os estabais imaginando al rey con sus calzas rosadas?

—¡No! ¡Menuda ocurrencia! Para que lo sepáis, estaba...

—Desvió la vista a su alrededor en busca de una excusa—. Estaba intentando recordar el nombre de la melodía que tocaban los gaiteros. Siento una verdadera pasión por la música escocesa, por eso recopiló todas las canciones que puedo. —Hizo una pausa antes de concluir—: Espero que algún día llegue a ver publicada mi colección.

El desconocido continuó contemplando la pista de baile.

—Una labor encomiable.

—¿No os parece absurda? La mayoría de la gente dice que las señoritas de noble alcurnia no deberían malgastar su tiempo en tareas tan vulgares como la de publicar una obra.

—No tengo ningún derecho a criticaros. —La observó con una mirada encubierta—. ¿Acaso a vuestro esposo le importa que os dediquéis a tales labores?

—No estoy casada, señor —respondió Venetia con una sonrisita coqueta.

—Ah, entonces es a vuestros padres a quienes les molestan vuestras actividades.

—Papá cree que es una idea absurda, pero la tolera. —Empezó a abanicarse con brío—. Supongo que creeréis que él debería criticarme abiertamente.

—Al contrario. Considero que las mujeres jóvenes deberían gozar de más libertad de la que disponen en realidad.

—¿De veras? —La señora Harris solía advertir a sus pupi-

las que desconfiaran de los hombres que exponían sin reparos estar a favor de la libertad de las mujeres, puesto que a menudo lo único que buscaban era que ellas se comportaran de forma más libertina con ellos. Sin embargo, él no parecía un cazafortunas. Y tampoco sabía quién era ella en realidad, así que... ¿cómo iba a ser un cazafortunas?

Venetia sonrió cautelosamente.

—¿Aprobáis que vuestra esposa goce de tal libertad?

—Lo haría. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Si estuviera casado.

Venetia notó una sensación de regocijo, a pesar de que le parecía extraño que se pudiera sentir atraída por un completo desconocido. Probablemente era su sorprendente atuendo, nada más. Con ese *kilt*, el sujeto tenía el aspecto viril de un joven y apuesto *highlander*, como en una de las baladas del príncipe Carlos Estuardo.

Mas no se trataba sólo de eso. Sus ojos pardos, con sus reflejos dorados, seguían pareciéndole muy familiares...

—¿Nos conocemos, señor?

—¿No os acordáis, Flora? Me ayudasteis a escapar de los ingleses después de la derrota en la Batalla de Culloden—. Sus palabras eran incuestionablemente burlonas, pero su porte era tan serio y sobrio que desentonaba con el ambiente festivo y bullicioso de la multitud que los rodeaba.

—Me refería a si nos conocemos de verdad, no como Flora y el príncipe Carlos —lo reprendió ella.

—¿Cómo iba a saberlo, si no sé quién sois? —El desconocido se inclinó para susurrarle al oído—. A menos que me digáis quién se oculta detrás de esta máscara.

—Vos primero —exigió ella.

—Ah, no, querida. —Rio él maliciosamente—. No pienso correr el riesgo de que os neguéis a seguir hablando conmigo porque no hemos sido formalmente presentados.

Sin lugar a dudas, ese sujeto era muy listo.

—¿Y qué os hace pensar que soy la clase de mujer que sigue las normas del protocolo de una forma tan rígida? —inquirió con un tono de voz igualmente malicioso.

—Por el modo en que habláis y os comportáis, como una verdadera dama. —El desconocido fijó los ojos en sus labios, y

el brillo selvático de su mirada le provocó a Venetia un delicioso cosquilleo en el vientre—. El hecho de que hablar con un hombre como yo os haya puesto tan nerviosa que no podáis descansar tranquila hasta que sepáis quién soy.

—Eso es ridículo. —Ella ignoró la incómoda verdad que contenían sus palabras—. Si el coronel os ha invitado, entonces debéis de ser su amigo, y dudo que tenga amigos inapropiados.

—¿Y si no ha sido el coronel sino la Sociedad Céltica la que me ha invitado? ¿También estáis segura de que todos los amigos de la Sociedad Céltica son personas meritorias?

—Por supuesto. He asistido a numerosas conferencias de dicha sociedad en Londres, por lo que sé que se trata de un grupo respetable. —Ella achicó los ojos—. Es posible que incluso os haya visto en una de esas reuniones.

—Quizá sí. —Pero su sonrisa mordaz le dio a entender a Venetia que estaba bien lejos de la verdad.

—O quizá... —Ella dio unos pasos hacia atrás para observarlo con más detenimiento.

El desconocido se comportaba de una manera demasiado educada para tratarse de un mozo de provincias, así que o bien era un caballero o un oficial, o las dos cosas. Mantenía el típico porte rígido de los militares, y además, esa cicatriz sobre la ceja...

—¿Es posible que hayáis formado parte de un regimiento en las Tierras Altas?

—No —respondió él de forma tan tajante que Venetia pensó que había dado en el clavo.

—Eso explicaría dónde os conocí —insistió ella—. Los oficiales de los regimientos escoceses asisten a eventos en Londres. —Y su disfraz parecía adaptado de un uniforme, con la típica escarcela de piel sobre la falda escocesa y el cinturón con la hebilla muy ornamentada, unos elementos muy distintos a los que el verdadero príncipe Carlos habría lucido.

—No, querida —negó él con firmeza—, demostráis una portentosa habilidad a la hora de hacer suposiciones, pero os equivocáis.

—Ya estoy aquí. —Tía Maggie los interrumpió emergiendo de repente entre la multitud. Al ver al desconocido disfrazado

do de príncipe Carlos, achicó los ojos—. Disculpad, señor, ¿nos conocemos? Porque aseguraría que sí.

—¡Yo también he dicho lo mismo! —exclamó Venetia—. Me recuerda a alguien.

—Sir Alasdair Ross —proclamó su tía—. ¿No te acuerdas, querida? El *baronet* que vivía cerca de tu familia. Son los ojos, y la mandíbula cuadrada. Hace varios años que falleció, pero podrían estar emparentados.

—Así es. —Su héroe de balada esbozó una sonrisa incómoda—. Era un pariente lejano.

—No creo que sea tan lejano, porque os parecéis tanto que incluso podríais ser su hijo. —Tía Maggie lo escudriñó con ojo crítico—. Ahora que recuerdo, sí que tenía un hijo. ¿Te acuerdas de él, Venetia? Ya sé que sólo tenías ocho años, pero...

—Jamás podré olvidar a Lachlan Ross. —¡Exactamente! Ese hombre le recordaba a Lachlan Ross, el muchacho que le había puesto el apodo de Princesa Orgullosa.

Había pensado en él a menudo a lo largo de los años. La última vez que vio al heredero de las tierras colindantes a las de su familia, él tenía dieciséis años y estaba tan obcecado en rebelarse contra todo y contra todos que no tenía tiempo para prestar atención a una chiquilla. Así que ella contuvo su orgullo fingiendo no sentirse ofendida y realizó unos toscos comentarios sobre su indumentaria desaliñada y sus modales tan rústicos.

En secreto, sin embargo, ella lo adoraba. Adoraba su cuerpo largo y delgado y su pelo desaliñado del color del azúcar tostado, y admiraba su inclinación indomable.

Aunque probablemente eso era lo que lo había matado.

—Lachan también está muerto, tía Maggie. Leímos la columna sobre su funeral en el periódico. Ese tipo despreciable llamado El Azote lo asesinó.

Su tía emitió un chasquido con la lengua.

—Qué pena que alguien muera tan joven. Supongo, señor, que habréis oído...

—Sí —la interrumpió él—. Y bien, señoritas, ¿qué les parece Edimbur...?

—No sé qué debía de estar pensando ese joven, para iniciar una reyerta con El Azote Escocés —continuó su tía—. ¿Llegaron a encontrar el cuerpo de ese villano?

Su interlocutor esbozó una sonrisa tensa, como si no le gustara hablar de un tema tan desapacible con dos damas.

—Por lo que he oído, su cuerpo fue a parar al mar después de la pelea. Dudo que alguien lo encontrara. —Desvió la vista hacia la pista de baile—. Disculpad, madame, pero tenía la esperanza de poder bailar con vuestra sobrina...

—¡Oh! ¡Y yo aquí entreteniéndoos con comentarios sobre un bandido! —exclamó tía Maggie—. Os ruego que me disculpéis por mi falta de atención. —Lo repasó de arriba abajo y pareció gustarle lo que vio, entonces dijo—: Supongo que es correcto, aunque espero la debida presentación cuando llegue el momento de quitarnos las máscaras.

—Por supuesto. —El desconocido ofreció su brazo a Venetia, y sus ojos volvieron a refulgir con un brillo selvático—. ¿Me concedéis el honor?

Una extraña emoción se apoderó de ella cuando aceptaba la petición.

—Encantada.

—¡Que os divirtáis! —dijo su tía mientras se despedía de ellos moviendo la mano.

Cuando la pareja estuvo suficientemente alejada de tía Maggie para que ésta no alcanzara a oírlos, el individuo enmascarado comentó:

—Debo avisaros de que hace muchos meses que no practico, por lo que es posible que mi forma de bailar deje bastante que desear.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Entonces por qué me habéis pedido que baile con vos?

—Porque me gustan los retos, querida. —La atravesó con una oscura mirada que reverberó dentro del cuerpo de Venetia como el sonido de una gaita—. Y empiezo a pensar que vos podéis ser un reto delicioso.

Con ese comentario tan intrigante, la guio hasta la pista de baile.